

EN UN PRINCIPIO CREO DIOS ...

(Gen 1-2)

Humberto Jiménez

Pocas narraciones de la Biblia han penetrado tan profundamente en nosotros como la de la creación. Y no solamente en nosotros. Desde que fue compuesta en el pueblo de Israel hasta nuestros días, ha ejercido un influjo en todos los hombres.

Entre los pueblos primitivos la narración de la creación expresada bajo la forma de un mito, quiere responder no a una pregunta de orden intelectual, sino práctico, existencial. El mito es una forma de pensamiento simbólico, mediante el cual se expresa lo que los primitivos no pueden decir conceptualmente. El mito de creación tiene la finalidad de poner en relación el presente con el pasado, ayuda a conservar el presente, a restaurar las fuerzas agotadas de la naturaleza. Cuando, v. gr. los babilonios recitaban el mito de la creación de Marduk, al principio de cada año, estaban reactualizando la creación, estaban impidiendo que el mundo se sumergiera nuevamente en el caos de donde había salido. También en Babilonia existía una narración que se recitaba en el momento del nacimiento y cuyo contenido era un llamado a la madre de los dioses que ha creado el hombre. Mediante esta invocación se aseguraba la protección de la diosa en ese trance difícil. Con su narración de la creación, Israel también pudo responder a una situación de crisis.

Al principio se le tomó como una explicación verdadera del origen del mundo. Sólo poco a poco los hombres aprendieron a ver en ella una exposición religiosa, de carácter distinto al de una explicación científica, aunque no opuesta a ella. Pero el hebreo no quería tanto, hablarnos del mundo y sus orígenes, sino más bien hablarnos de Dios, de lo que Dios era para el mundo y para el hombre.

Y tuvo que expresarse con las imágenes y categorías de su tiempo; tuvo que apelar a representaciones que hoy son caducas y obsoletas. Pero al descubrir los hombres que el andamiaje era anticuado, que el vestido estaba pasado de moda, no se perdió por ello la fuerza del mensaje. El autor nos describe el hecho de la creación, no el cómo. Nos habla de un mundo que en su ser no es autónomo, sino que depende de un creador. En la Biblia la idea de creación es algo que está siempre al servicio de otra verdad más fundamental. Cuando se escribió el relato de la creación en el documento P, Israel estaba en el destierro. Una crisis de carácter religioso amenazaba con hacer perder la fe en Yahvé. Este se había manifestado inferior a Marduk, dios poderoso; dios que había formado los cielos y la tierra después de su victoria contra Tiamat.

ac Mas las cosas no son así; si Israel está lejos de su patria no es por culpa de Yahvé, sino del mismo pueblo que ha sido infiel. Pero Yahvé sigue siendo poderoso. Y para probar esta verdad el autor sacerdotal nos entrega su narración de la creación. Su intención es mostrar cómo el pueblo puede aún confiar en Yahvé. Si Yahvé lo salvó en otras ocasiones, ahora puede salvarlo de nuevo. Y puede salvarlo porque tiene poder. Toda la historia de Dios con la humanidad es una serie de hechos salvíficos. También la creación, de la que hasta entonces se había hablado poco, es un hecho salvífico. Más aún, el primer hecho salvífico. Es el acontecimiento por el cual Yahvé da comienzo a la historia. El Dios que sacó a los israelitas de Egipto y dividió las aguas del mar Rojo, fue también el que al principio dividió las aguas del mundo. El Dios que los guió por el desierto, es el mismo que formó los cielos. El que les dió la tierra prometida es el mismo que dió al hombre poder sobre la creación. El que se manifestó en el Sinaí, fue el mismo que con su palabra creó los cielos y la tierra. Por eso Israel no debe temer ahora; la historia que ha comenzado con un acto de salvación prosigue con actos de salvación.

Dios creador no es simplemente un atributo de Dios, del cual se habla en abstracto. Si Dios es creador es porque ese término indica relación con el mundo y con el hombre. El mundo es creatura de Dios; el hombre también es creatura de Dios, distinto de Dios, distinto del mundo; superior a los animales, superior a los demás seres creados; pero no un ser autónomo, sino una persona sometida a ciertas leyes que debe respetar para no destruirse a sí mismo y no destruir el mundo del cual hace parte.

La narración sacerdotal de la creación sigue un esquema artificial y artístico. Nos presenta la obra de la creación como realizada en una semana; seis días de trabajo y uno de descanso. No se trata de enseñar que realmente Dios creó el mundo en seis días como se pensó en otro tiempo. Hoy día la ciencia nos presenta una visión distinta. Ni la palabra día equivale a un inmenso período geológico como lo pensó el concordismo de principios del siglo. La intención del autor sagrado es religiosa. Quiere justificar la institución de la semana judía, con seis días de trabajo y uno de descanso. No olvidemos que Israel está en el destierro, y que uno de los medios de conservar su identidad racial y religiosa es conservar intactas sus instituciones, sobre todo aquellas que lo distinguan del medio ambiente que lo rodeaba. Una de esas instituciones es precisamente el sábado. No sabemos exactamente el origen de esa costumbre. Algunos han querido ver en ella un préstamo de otra costumbre babilónica en la cual cada 7o. día era considerado nefasto, de mal augurio. Pero no parece sea esa la explicación ya que el sábado para Israel no es nefasto, sino sagrado, en honor de Yahvé. Otras explicaciones se apoyan en hipótesis frágiles y no comprobadas. Lo cierto es que esa

institución es muy antigua en Israel. La encontramos en los estratos más antiguos del libro del Exodo: 23, 12; 34, 21. Más tarde se la relacionó con la salida de Egipto: Dt. 5, 15ss. y finalmente se la asoció con la obra de la creación: Ex 20, 8-11.

Lo artificial de esa narración se echa de ver en el análisis de su estructura y forma literarias. Hay un esquema que se repite en cada obra creada:

1. Fórmula introductoria: *Y dijo Dios*
2. El mandato: *Hágase*
3. Ejecución de la obra: *luz... y así fue*
4. Descripción de la obra: *bóveda que separe*
5. Imposición del nombre: *llamó Dios a los continentes tierra*
6. Aprobación: *Y vió Dios que era bueno.*

Y hay otras indicaciones de artificio literario. El autor juega con el simbolismo de los números. Uno de los más usados es el 7 que indica plenitud, perfección. El primer versículo consta de 7 palabras; el segundo de catorce. Tenemos el 7 repetido 3 veces, lo que indica máxima perfección. El Epílogo de esta narración también consta de 3 proposiciones paralelas de 7 palabras cada una. Nuevamente el número 7. Diez veces se repite la expresión: Dijo Dios. Los ejemplos podrían alargarse pero basten estos para hacernos ver la construcción artística de esta narración y el empleo simbólico de los números.

La creación se realiza por la palabra. Para un occidental esta afirmación quizás no diga mucho. Pero para el oriental está cargada de contenido. Se trata de un hablar eficaz, lleno de poder, de energía, de dinamismo. La Palabra de Dios es creadora.

Muchas cosas se pueden decir de este texto pero nos detendremos en las que reflejan mejor su espíritu y finalidad.

La creación de los astros está bastante detallada y responde a una preocupación del autor sagrado. Los pueblos paganos vecinos a Israel consideraban a los astros como divinidades a las que había que servir. De un plumazo Israel borra esta idea: los astros no son divinidades a los que hay que adorar, sino creaturas de Dios, puestas al servicio del hombre. Su misión es regir el día o la noche; señalar las fiestas, los días, los años.

Esta misma intencionalidad la encontramos en la creación de los animales. Muchos pueblos contemporáneos de Israel adoraban a los animales como si fueran dioses. En Egipto, v. gr. estaba muy extendida la zoolatría. Israel reaccionó frente a esa desviación del espíritu religioso y muestra como no hay que adorar a los animales ni a las tinieblas. Ellos no son dioses; son creaturas, inferiores al hombre y puestas a su servicio.

Esta manera de presentar la creación, tiene más consecuencias de las que a veces pensamos. Es el principio de la desacralización

del cosmos. Para los paganos tanto el dios como el hombre eran parte de la naturaleza y ésta era concebida como una fuerza semi-divina. El hebreo cambia esa mentalidad. El mundo no es divino. Yahvé es el único que merece adoración. Las estrellas no tienen control alguno sobre la vida humana; son creación de Yahvé; la naturaleza no es hermana del hombre ni su dios; no le ofrece salvación alguna. Únicamente en Yahvé hay que poner la confianza. Este proceso de desencantamiento de la naturaleza es la condición para el desarrollo de la ciencia natural.

Al hablar de la creación de los demás seres, el autor sagrado había seguido un esquema monótono; pero al llegar al hombre, la narración adopta un estilo solemne. Hagamos, dice Dios, al hombre a nuestra imagen y semejanza. (Gen 1, 26). Qué significa esta forma plural usada por Dios? No es un residuo de politeísmo como pensaron algunos autores racionalistas. El autor sacerdotal confiesa un monoísmo muy evolucionado como para permitirse una fórmula ambigua. Podríamos decir más bien que se trata de un plural de intensidad psicológica, para indicar que Dios tiene tal plenitud de ser que puede dialogar consigo mismo como varias personas deliberan entre sí; o también y quizás sería un plural deliberativo con el cual una persona singular se expresa en plural (Cfr. Is. 6, 8; 2 Sam 24, 14).

La expresión a imagen y semejanza de Dios aplicada al hombre ha hecho correr mucha tinta. Las interpretaciones diversas abundan. Para algunos la semejanza del hombre con Dios estaría en su posición erguida, derecha; pero esta concepción es más bien griega que bíblica; no avanza más la opinión que dice que la semejanza está en la gracia. Porque el israelita no distingue entre un plano sobrenatural y uno natural. Tampoco vale decir que son las cualidades espirituales del hombre las que lo asemejan a Dios. El hebreo concibe al hombre como totalidad; aceptar lo anterior sería distinguir varias partes en la composición del hombre, lo cual va contra el pensamiento hebreo. Poner la semejanza en el dominio que el hombre tiene sobre la naturaleza es confundir la esencia con el oficio del hombre. El dominio es más bien una consecuencia. Y todavía podríamos citar otras interpretaciones.

La más verdadera parece ser la que sitúa la semejanza del hombre con Dios en el carácter personal de la creatura humana. Entre todos los seres creados el hombre es el único que es capaz de ponerse frente a Dios como un Tú que responde a un Yo que le interroga. Es el único que puede dialogar con Dios; el único que está en capacidad de establecer una relación personal con Dios.

De ser imagen de Dios se derivan muchas consecuencias para el hombre: su vida es sagrada; donde se niega a Dios, se niega la grandeza del hombre y se abre paso a su manipulación y utilización. El dominio del hombre sobre el hombre falsea la imagen de Dios. La

prohibición de matar al hombre se funda precisamente en esa cualidad. Si uno derrama la sangre de un hombre, otro derramará la suya porque Dios hizo al hombre a su imagen (Gen 9, 6).

También la bendición que Dios da a la pareja humana responde a una opción de los pueblos paganos contra la que se quería poner en guardia a Israel. Los paganos pensaban que la fecundidad de los animales y de los hombres dependía de una divinidad especial a la cual se le tributaba un culto naturalista y orgiástico. Israel al contrario tiene la convicción de que la fecundidad es un don de Yahvé y que sólo El puede conceder.

Así a grandes rasgos tenemos expuesto el espíritu y la intencionalidad del documento sacerdotal, del siglo VI. Pero no es ése el único testigo de la concepción hebrea sobre la creación. Tenemos otro, inclusive más antiguo. Estamos en el tiempo de Salomón cuando Israel conoció un período de prosperidad y tranquilidad. Pudo entonces florecer la reflexión y el hombre israelita pudo afrontar los problemas más radicales de la existencia humana. Aparece en escena un autor cuyo nombre verdadero ignoramos, pero a quien la crítica ha dado el nombre de Yahvista, porque utiliza para nombrar a Dios, preferentemente la palabra Yahvé. Su obra es la primera síntesis histórica de la humanidad. Escribe en un estilo sencillo, popular, pintoresco. Profundo conocedor de la psicología humana, dibuja muy bien los personajes femeninos que intervienen en su historia. Para hablar de Dios y de su acción, utiliza profusamente los antropomorfismos, es decir, presenta a Yahvé actuando a la manera de un hombre.

De entrada vemos que se diferencia del autor sacerdotal. Este es un teólogo; el Yahvista es un catequista. En el sacerdotal Dios actúa de un modo trascendente; en el Yahvista a la manera de un hombre. El estilo del documento P es frío, monótono, solemne. El del Yahvista vivo, espontáneo, lleno de frescura y colorido.

En la narración sacerdotal el hombre aparece colocado en la cima de la pirámide; en la narración Yahvista el hombre es el centro de la creación que se organiza alrededor de él. Y esto aparece en la forma como presenta la creación del hombre. La posición del hombre en el universo es privilegiada. Dios tiene una providencia especial de él. El autor utiliza una imagen antropomórfica: Dios actúa como alfarero. Y con esto pretende no humanizar a Dios, sino mostrar la acción de Dios para con el hombre. Esta descripción no es científica sino popular. La encontramos en otros pueblos de la antigüedad. En Egipto tenemos una pintura en la que el dios Knum trabajando una rueda de alfarero modela al Faraón Amenofis II, mientras que la diosa Neth pone en la boca de la figura de barro el signo de la vida que proviene del dios Ra. En Sumer la diosa Mami era la diosa alfarera, recortó 7 pedazos de arcilla para hacer hombres y siete para hacer mujeres; en Grecia, Prometeo forma a los hombres con arcilla.

El autor utiliza elementos mitológicos, pero elimina de ellos todo rasgo politeísta, es decir los desmitologiza. También evita decir que el hombre fue amasado con la sangre de un Dios; no tiene por tanto caracteres divinos. Lo que le interesa al autor sagrado es mostrar que el hombre es superior a los animales. Su intención es religiosa, no científica. Aquí no hay argumentos en favor o en contra del evolucionismo. Es una cuestión que la Biblia no se plantea. Naturalmente ella tiene que expresarse con una determinada imagen del mundo; pero la revelación no está ligada a una determinada concepción del universo. Está más allá de cualquier representación. Por eso, superada una imagen, la revelación no se desvirtúa. Si siempre se hubiera tenido en cuenta este principio, la Iglesia se habría evitado muchos dolores de cabeza. Casos como el de Galileo no se habrían dado.

Al decir que el hombre fue formado de la tierra se quiere decir que él es frágil. El otro elemento es el aliento de vida. El hombre por sí mismo no tiene la vida. Sólo Dios tiene la vida. El hombre tiene su aliento en préstamo. Todo vive por el aliento de Dios. El concepto de espíritu en la Biblia es muy distinto del que tenemos nosotros los occidentales: es más bien dinamismo, fuerza, energía, vitalidad. Aliento de vida es lo que hace vivir. La vida se manifiesta por la respiración. El hombre es un hombre concreto. Las imágenes empleadas por el autor sagrado enseñan no cómo fue creado el hombre, sino más bien sus características. Ante la libertad y trascendencia de Dios, aparece el hombre efímero y precario.

La descripción del Paraíso tiene sus dificultades. El autor emplea gran número de imágenes y no siempre es fácil determinar hasta dónde llega la imagen y dónde empieza la realidad. En otro tiempo se hicieron muchos intentos para localizar geográficamente el paraíso, empeño vano, pues el yahvista lo que quiere es hablarnos más bien de un estado que de una región. El hombre fue creado para participar de una vida superior.

En ese Edén, Dios coloca al hombre para que lo cultive y lo guarde. Aunque nacida en una civilización agrícola, esta frase se refiere a toda la realidad humana. Es el trabajo del hombre el que se menciona aquí. No es pues una consecuencia del pecado, antes de éste, el hombre tenía que trabajar. Y esto constituye su dignidad. La creación termina cuando comienza el trabajo del ser humano. Al principio Dios impuso nombre a los seres, ahora es el hombre quien les da un nombre.

Pero la creación del hombre no está terminada, ni completa. Algo falta: es necesario hacerle una ayuda que le corresponda. El hombre no se realiza sino en la comunidad; sólo en la relación con el otro, el hombre alcanza su plenitud, y ese otro tiene que ser alguien semejante a él; alguien con quien la persona pueda dialogar. Ese otro no son los animales. La escena que hace pasar a los animales ante el hom-

bre y en los cuales éste no encuentra ayuda, muestra que los animales son distintos del hombre; más aún, inferiores a él, puesto que él les impone un nombre, signo de su dependencia respecto de Adán.

En la formación de la mujer tenemos una nueva acción antropomórfica del creador. Esta narración es toda una parábola en acción. Es una acción simbólica que quiere expresar lo que la mujer es para el hombre; no el proceso real y técnico de su génesis. Yahvé aparece como cirujano; anestesia a Adán: un profundo sueño cae sobre él. Entonces saca del hombre una costilla. Al menos es la traducción más aproximada de la correspondiente palabra hebrea, cuya significación exacta no la sabemos. En idioma sumerio esta expresión significa vida y costilla al mismo tiempo; hay pues relación entre vida y costilla. El autor emplea este término para expresar que de la vida del hombre sacó la vida de la mujer. Aunque hay que matizar más esta frase, no se trata de decir que el cuerpo de la mujer fue formado del cuerpo del hombre. Es la relación profunda que hay entre los dos, lo que quiere destacar el autor. Los dos son de la misma naturaleza. Y más que de una complementariedad entre los dos, hay que hablar de una ordenación recíproca. El hombre dice relación con la mujer; la mujer dice relación con el hombre. Ningún sexo es superior al otro.

Un antiguo rabino decía: Dios no formó a la mujer de los pies del hombre para que ella no se sintiera inferior; ni de la cabeza para que no se sintiera superior; sino de una costilla para que viera que es igual a él. Y es una lástima que esa profunda enseñanza del autor yahvista se haya oscurecido por teorías y prácticas que la llevaron al olvido. Sólo ahora como que volvemos a descubrir la originalidad de este relato que en su frescura y sencillez nos enseña una elevada doctrina.

Esta narración quiere darnos también una explicación ingenua de la atracción de los sexos. Al principio formaban una unidad y por eso quieren volver a la unidad primitiva. El matrimonio entra en el plan de la creación. El hombre continuará la obra de Dios.

El capítulo termina hablándonos de la armonía que había al principio, armonía que fue turbada por el pecado. Una vez más no estamos frente a una afirmación de tipo científico. No es que los animales se hayan vuelto salvajes por el pecado. El león siempre fue carnívoro. La intención del hagiógrafo es religiosa; no se había roto la relación de la naturaleza con el hombre, porque éste aún era amigo de Dios.

Mucho más se podría decir, pero basta lo anterior para ver el profundo significado de estos capítulos. Su contenido es algo que trasciende la historia del pueblo de Israel; el horizonte es aquí universal, es todo el hombre, toda la humanidad, toda la creación; no un pueblo particular, ni una región particular. Y eso es lo que cons-

tituye la originalidad de estas páginas, que aunque escritas hace miles de años conservan su vigencia, su vigor, su profundidad.

La unidad de la historia primitiva con el resto del Pentateuco y de la Biblia nos muestra cómo el Dios creador es el mismo que sacó de Egipto; el Dios que Israel encontró en su historia es el mismo que creó el mundo. Esa unión nos muestra que Yahvé no es sólo Dios de Israel sino también de todo el mundo. Esa relación de totalidad que vemos en la historia primitiva vuelve a aparecer en la escatología y la apocalíptica; porque allí se trata de toda la humanidad y de toda la creación; eso supone que la acción de Dios sobre el mundo se extiende hasta el final. No se ha interrumpido la historia; tanto al principio como al final, el mundo y la humanidad están en manos de Dios. Sólo la Biblia puede hablar del fin del mundo y de la humanidad porque sólo la Biblia habló de Dios como creador del mundo y de la humanidad.

Jesucristo, colocado en el centro de la historia, adquiere así su pleno sentido. Juan en el evangelio nos habla de Jesucristo creador (1, 3) y en el Apocalipsis (1, 3) como el que la termina, porque él es alfa y omega, principio y fin.

La fe en la creación nos muestra que además del método científico de abordar la realidad hay otro medio de acercarse a ella: la revelación. Y ambos son legítimos. No se oponen. Son diversos modos de considerar las cosas. Pero quizás inconscientemente estemos más imbuídos en una mentalidad racional que nos hace olvidar este otro aspecto. Nos hemos olvidado de que Dios es Creador, o vivimos como si no lo fuera. Y es que la acción de Dios no la descubrimos sino por la fe. Porque ella está más allá del fenómeno; pero aunque invisible, imperceptible, es real. Dios no está por encima de las leyes de la naturaleza, sosteniéndolas; ni al lado, empujándolas. Está dentro de ellas, haciendo con ellas lo que ellas realizan. Por eso la creación no ha terminado. Dios siempre está creando. El mundo es siempre una novedad. Cada mañana nos recuerda el hágase la luz del Génesis. En la brisa que acaricia el rostro, en el rayo que infunde pavor, en el esfuerzo del hombre, en la risa del niño, en el sacrificio de una madre, en la decisión del político, en la obra del ingeniero, en el canto de los pájaros, en todo esto está Dios. Nos falta nuevamente educar los ojos para volver a ver, para descubrir más allá del fenómeno la acción de un Padre que nos ama.